Guillermo Sucre

El último dominio

Arrebatados como por un gran viento andamos
por la tierra
hostiles dispersos
sin encontrar la claridad, la quietud.

Hechos al rigor, la privación, la desnudez,
los dichosos,
qué nos ha extraviado en la busca de la luz
o cuál luz nos ha enceguecido que ya no vemos
su justo dominio: lo que no es destello
sino transparencia de la sombra.
O conocimos demasiado en la Madre el asentimiento
y el asiento de la fragilidad
sin descubrir en el ritmo de su desamparo la pausa
y en la pausa
lo que el movimiento
avanza sin moverse.

Vástagos del insomnio, el ojo fijo que sólo mira
en el vértigo su reflejo,
menos que hojas en la llamarada de la sequía,
raíces que el vientre de la tierra arroja
para que nunca más arraiguen,
no el follaje sideral, no el íntimo árbol de la noche
iluminado hasta sus confines,
los que nacieron en lo sagrado y fueron luego
sus mendigos
eso somos ahora.

Por qué no hemos perecido como todo lo que pertenece
a la intemperie.
O cada pérdida nos regresa al origen, cada
sufrimiento
es un pasaje a la otra cara del espejo, imagen
de las resurrecciones, estepa
de la inocencia.

•

Los seres no sabemos ya reconocer la belleza.

La belleza es devastadora y quienes la vislumbran
no llegarán a borrar de sus ojos
la tormenta.

Así los amantes van cosiendo la pasión a sus propias
cicatrices.

Rituales y magnéticos, la lanza y el disco, nada
los aparta del laborioso centro
que es su destino.

Giran en el cuadrante del lecho, son el sol ardoroso
y la luna floreciente,
mar de leva y playas asoladas.

Amanecen con los dorados polvos de Zeus, seres
que ya no se pertenecen a sí mismos,
metáforas del furor que los devuelve a la piedad
y a la dulzura.

El agua que pule las piedras los ha dejado límpidos,
sorben sus heridas, las besan con gratitud
como una gracia
que ya no esperaban.

•

La claridad no nace del abismo
pero cuando aparece la claridad es ella lo que
nos abisma.

Cuál es ese rostro que se ahonda en el éxtasis
o cuál éxtasis entreabre sus labios y por un instante
para siempre deja fluir
la ráfaga del goce, esa música que nada
precipita, nada retiene.

Amantes, se han amado sólo por esa visión semejante
a una condena.

Palpitan las ostras de los mares, se abren las brevas
de los bosques nupciales.
Cada mano en lo efímero planta el cambiante tatuaje
de los cuerpos.

Que se gloríe en esa piel blanquísima el esplendor
al que la vida obedece.

Pero también, pero también que la heráldica de unos ojos
despliegue siempre
el único verano, aves de la profundidad y de la gracia,
ala y alero,
casa del ausente.

•

La vastedad del minuto, el relámpago de los años,
en el empañado cristal de la memoria
la dicha o la herida,
los amantes celebran otra historia.

Nada los espera y al final ellos nada esperan.

Los pájaros emigran y regresan, pauta de las estaciones.
Los ríos fluyen al atardecer menos deslumbrantes
y siempre amanecen.
Los soles conocen la trama de los bosques y la balanza
de los mares.

Sólo los amantes viven la justicia de los espacios
dados a la desmesura
y a la desolación.

No renacerán como el rosal entre enamoradas cenizas
pero el viento que sople sobre ellas
removerá algún día su fragancia.

La marchitez, la previsible muerte los asombran
como cuando niños vemos
el mar azul y las arenas doradas.